



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

DOMINGO IVº DEL TIEMPO DE PASCUA: EL BUEN PASTOR

Nos reunimos esta tarde en la clausura de este retiro de “Effetá” en la fiesta del Buen Pastor, donde nos sumergimos en el corazón mismo de la misión de Cristo y, por ende, en el corazón de nuestra propia identidad como jóvenes seguidores de Jesús, en el mundo y la Iglesia de hoy.

El evangelista Juan nos pone frente a un espejo: la relación de Jesús con sus discípulos, una relación de conocimiento mutuo. Jesús te dice: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Y, esa abundancia es plenitud de amor. Es llamada, donde nadie es insignificante, donde te llama por tu nombre, donde su voz es un susurro de esperanza que ilumina nuestra vida y alimenta nuestra fe.

“Effetá”, ábrete al amor de Dios y a la presencia del Espíritu Santo en tu vida. Sé testimonio vivo de Jesús que se acerca, que sana tus heridas, que te invita a ser su discípulo a través de la Adoración al Santísimo, el perdón y el encuentro con los demás. Libérate de esas mochilas emocionales, esos rencores que te afligen, esos vacíos existenciales y ponte ante el “Amor” tal como eres.

Un pastor solo es verdaderamente pastor cuando el pueblo le ayuda a serlo. Vuestra sed de Dios es la que nos mantiene vivos y fieles. Ayudadnos a ser vuestros servidores; no tengáis miedo de pedirnos el consuelo del Evangelio. Hoy celebramos la Jornada de Oración por las Vocaciones. La vocación es siempre un “éxodo”, un salir de uno mismo para centrarse en Cristo.

Queridos jóvenes, no tengáis miedo de escuchar esa voz que a veces el ruido del mundo intenta sofocar. Seguir a Jesús es una aventura entusiasmante y, aunque compromete, es la única capaz de llenar el corazón por completo. A las familias que estáis aquí, sed tierra fértil donde la semilla del Señor pueda germinar.

Recemos especialmente por nuestros seminaristas y por los sacerdotes que entregan su vida en nuestras parroquias rurales: Como obispo vuestro os

invito, citando al P. Cristoban Fornes, Sj: “Podemos elegir un sacerdote por semana y rezar por él con nombre y rostro. Podemos escuchar con compasión sin “arreglarle” la vida ni juzgar su proceso. Podemos vigilar la crítica constructiva -tan fácil, tan injusta- y cambiarla por intercesión. Y, como comunidad, ofrecer gestos sencillos que consuelan: un mensaje, una visita, una mesa compartida”.

Que el Señor nos conceda la alegría de ver cómo nuevos hijos de esta tierra dicen “Sí” al servicio del Reino.

Que María, la Madre del Buen Pastor, nos enseñe a todos -pastores y fieles- a vivir esa unidad de amor que solo el Resucitado puede darnos. Que su ternura de madre nos acompañe siempre.